ticia, ô el argumento de los Milagros, Muerte, y virtud del Salvador, para convencernos de su Divinidad; bastarian para persuadirla los Milagros, Muerte, y Virtud de el Padre de toda la Familia de Christo, del Maestro de su Escuela, del Capitan General de sus Exercitos, del Depositario, y Dispensador de sus Tesóros, del primer Ministro de sus méritos, y de su Sangre, del Custodio de la Fé, del Portero del Cielo, del Soberano Ornamento, de la Fortísima Columna de todos los Teólogos, del Principe de los Apóstoles, de la Cabeza de la Iglesia, del Vicario de Jesu-Christo, mi Glorioso Padre el Sr. S. PEDRO.

Aquella Reyna Soberana, cuyas virtudes, cuyas perfecciones, y cuyas gracias son otros tantos argumentos de credibilidad á favor de la Divinidad de su Hijo, aquella Virgen Santa, en cuyo Vientre purísimo se hizo el verdadero Hijo de Dios, verdadero Hombre, nos haga la gracia de orar por nosotros, para que nos ilumine, y nos inflame el mismo espíritu que la hizo sombra, quando la saludó el Angel

AVE MARIA.

TU ES CHRISTUS FILIUS DEI VIVI.

Tú eres Christo Hijo de Dios vivo.

Son palabras del Evangelio en el Cap. 16. de S. Matéo.

¿Y sería necesario (M. I. S.) que Yo viniese â este gran Teatro preocupado de aquellas ideas brillantes, sutiles, y falsas, que son proprias del espíritu, de partido para decir que PEDRO es el primero, el singular, el mayor de todos los Apóstoles? ¿No es PEDRO, â quien el Sagrado Evangelio dá siempre el primer lugar entre los Apóstoles? ¿No fue el primero â quien Jesu Christo labó los pies, el primero â quien apareció resucitado, el primero que promulgó el Evangelio, el primero que hizo Milagros para confirmarle, el primero que presidió un Concilio para establecerle, el primero en cuyo nombre viviendo aún, segun el celebre Croiset, se le dedicó Iglesia â el Dios hombre? ¿No es PEDRO el único â quien el Hijo de Dios, mudó el nombre de Simon en el misterioso nombre de PEDRO, nombre tan venerable, que ninguno de los Pontifices osó hasta aora llamarse con él en su exâltacion, en la que mas bien lo dejaron los Celestinos? ¿No es él â quien singularmente revelò el Padre Eterno su Divinidad, la distincion de las Personas, y todos los Misterios de nuestra Santa Fé, â quien solamente como dice Evodio, bautizó Jesu Christo, como â su misma Madre, por su mano, por quien especialmente hizo Oracion el Señor, â quien solo apareció visiblemente despues de su Ascencion, â quien solo reveló el genero de muerte que avia de padecer, y cuya Cátedra es la única que celebra toda la Iglesia? ¿No es PEDRO, cuyo tributo, y el de Christo, se pagan en una misma partida, no es él en quien reconoció primacia el Vaso aún de eleccion S. Pablo, quien como Christo anduvo sobre las aguas, quien, como afirma S. Chrisostomo, mas que todos amó â su Maestro, â quien se dieron como â principal las llaves de el Reyno de los Cielos, â quien como â su Pastor universal le encomendó Christo sus Obejas, y para no estenderme demasiado; no es PEDRO el mayor de todos los

los Apóstoles, de quienes, aún el menor, segun las decisiones de la Iglesia, no es comparable alguno de los otros Santos? Pero dejando â la infinita Sabiduria el conocimiento de la mayor Santidad, y en mano del Dios santificador el peso del Santuario. ¿Què mayor gloria para PEDRO, que ser, el que mas nos persuade con sus palabras, y con sus obras la Divinidad de JESU CHRISTO: *Tu es Christus Filius Dei vivi?*

Hablaba una vez el Salvador â sus Dicípulos de el gran Misterio de la Eucharistia; pero haciendose â muchos de ellos muy duro, lo que no penetraban, entraron en sospecha de la Doctrina del Divino Maestro, y se retiraron. Buelto entonces el Señor à sus Apóstoles, les dixo con entereza: ¿Y vosotros tambien quereis marchar? tomó PEDRO la voz, y respondió â nombre de todos: ¿Señor, *adonde, y à quien irémos? Solas tus palabras nos enseñan el camino de la vida eterna, y conocemos muy bien, que tu eres aquel Christo Hijo de Dios?* Pudo aver dicho con términos mas precisos, que CHRISTO era el prometido en la Ley, anunciado por los Profetas, y enviado por el mismo Dios para la Redencion de su Pueblo? Despues de todo porque estas palabras pudieran interpretarse de un conocimiento natural, fundado solo en la autóridad del Bautista, se aprovechó de otra ocasion, en que el Señor preguntó â sus Dicípulos: ¿Y bien, â vosotros quien os parece que soi? y PEDRO, como el Organo de todos, por todos le responde abiertamente. Tú eres CHRISTO Hijo de Dios vivo. *Tu es Christus Filius Dei vivi.*

Tú eres CHRISTO Hijo de Dios vivo, le dice PEDRO â su Maestro. ¿Y habrá aún quien dude que CHRISTO es verdadero Dios? ¿Se puede desear testigo de mayor excepcion para convencerse de esta verdad? PEDRO, dice que CHRISTO es Dios, PEDRO, que le siguió

guió desde los principios de su predicacion, PEDRO, que fue testigo de sus palabras, de sus obras, y de sus milagros mas ocultos, PEDRO, su valído, su privilegiado, su favorecido, y de quien nada se reservó; PEDRO el Ministro de todas sus confianzas, PEDRO, que vió en el Tabor correr la nube, el velo, la cortina de la Humanidad, PEDRO, que vió el dia claro que deseó vèr Abrahan, y quedò anegado en un abismo de delicias, PEDRO, dice: que CHRISTO es Hijo de Dios vivo; ¿Y se puede buscar testimonio mas auténtico de este grande artículo sin tentar osadamente á Dios? En efecto, solo el Padre conoce al Hijo. ¿Solo el Padre conoce al Hijo? ¿Y quereis que el Padre se presente todos los dias en los Templos, en las Escuelas, en las Asambléas, en las Lonjas, en los Corros, y que â cada uno de los hombres, diga clara, y abiertamente: *Este es mi Hijo muy amado?* No se ha de permitir â el Dios inmortal, lo que facilmente se concede â un Soberano de la tierra; esto es, que tenga un Ministro, â quien manifestar sus secretos mas arcanos, para que de su boca entienda el Pueblo el genio, las ideas, los pensamientos, el carácter del Principe, sin que le sea lícito dudar de la verdad de su testimonio. No merecerá mas crédito, que otro alguno, aquel â quien no la carne, ô la sangre; sino el Padre Celestial ha revelado, que JESU CHRISTO es su verdadero Hijo? PEDRO, dice que CHRISTO es Dios, y no lo dice entonces â los Judios, que podia engañar, â los Dicípulos que podia alucinar, â los Apóstoles que podia lisongear, sino al mismo CHRISTO en su mismo Rostro, y preguntado por él. ¿Y tendria valor para decirle una mentira tan solemne, â quien tanto le recomendaba la verdad? ¿No huviera sido ésta una adulacion, una burla, ô â lo menos una ironía insoportable â un hombre como

Christo, que nada enseñaba, nada solicitaba, nada practicaba mas que la humildad? PEDRO, dice que Jesu Christo es Dios. ¿Y podémos desconfiar no sea esta confesion efecto de una razon de estado, de una sabiduria mundana, de una política capciosa, que es lo mismo que decir, efecto de un corazon doble, sagaz, político, cortesano, maligno? ¿La sencilléz, la simplicidad, la bondad del corazon de PEDRO, no se derramaba por su semblante, por sus ojos, y aún por encima de su pobre vestido? ¿No era su espíritu de un hombre oscuro, de un pobre Pescador, de un hombre sin letras, sin comercios, sin pretenciones?

Mas qué no dijo PEDRO, â favor de esta Divinidad, â los Judios, â los Partos, â los Medos, â los Persas, â los Arabes, y â todos los Proselitas, en el dia que recibió â el Espìritu Santo, él la probó del modo mas fuerte, él les dijo quanto es capaz de persuadirla â los mas incrédulos, él la estableció por el testimonio de los Profetas, él hizo â su favor tal razonamiento que no permitió réplica alguna. ¿Más como podré decir quanto dijo en sus escritos â favor de esta Divinidad? No sean, está bien, de PEDRO los Libros de sus hechos, de su predicacion, de su Apocalipsi, y del Juicio. ¿Quanto resplandeze la Divinidad de Jesu Christo en el Evangelio de S. Marcos? ¿Quien no escribió, lo que avia oído â PEDRO? ¿Y quanto en las Epístolas de este sabio Apóstol? basta saber, que en la primera, su principal argumento, es celebrar el admirable consejo de Dios, el beneficio de la Encarnacion, Pasion, y Redencion del Verbo. Y en la segunda, es su primer objeto despues de admirar la gracia, y ecónomia de Christo, enseñarnos que con él nos dió Dios las maximas, y preciosas promesas, para hacernos participantes de la Divina naturaleza, y asegurarnos de su gloria, que vió en el Tabor, del testimonio del Eterno Padre, que oìò en aquel Monte, y de el cumplimiento de todas las Profecias en Christo.

Pero si no es bastante que PEDRO asegure con las palabras, que Jesu Christo es Dios. ¿Quien no se rendirá si hace algunas reflexìones sobre la vida de PEDRO? Por eso, Señores, la vida de Jesu Christo es el argumento mas obligante â la Fé de su Divinidad; porque â pesar de sus enemigos la publicaba aquel su imperio sobre la vida de los hombres, sobre su propria vida, y sobre los corazones humanos. ¿Y quien no la vé resplandecer en el imperio que exerció su Vicario sobre esa propria vida? No hablo aora de aquella potestad de Jurisdicion, que lo hacia árbitro de la vida, y de la muerte del Alma, pudiendosele decir con mas razon que â José: En tu mano está nuestra salud, *salus nostra in manu tua est.* No de el imperio que manifestó, quando dijo â aquel cojo de nacimiento, levantáte, y anda; no de el que tuvo sobre los Demonios, lanzandolos de los cuerpos, sin poder éstos resistir â su mandamiento; no de el que publicaba Santa Petronila, â quien mandó se levantase de la cama en que yacia muchos años perlática; y despues que se postrase en el mismo lecho, y de la misma enfermedad, por convenir así â su salud eterna; no del que se conoció quando sanó â Eneas, ocho años avia parálitico; no del que hizo ver sobre todas las enfermedades, sanando â todos los enfermos, que le presentaban de toda la Comarca de Jerusalen; no del que se admiró en su sola sombra, que tocando á uno sanaba, como advirtió San Chrisóstomo, â todos los presentes; no del que publíca, hasta hoi, en Roma aquella Fuente que para refrigerio, y salud tem-

po-

poral, y espiritual de muchos, hizo nacer PEDRO en la Cárcel de Mamertino. Hablo solo de aquel dominio, para llamarle así, que tuvo sobre la vida igualmente, que sobre la muerte de los hombres.

¿No os parece, Señores, que en las manos de PEDRO estaban las vidas de Ananias, y Safira? Avian éstos ofrecido â Dios un Campo, vendieronlo, y reservándose parte del precio, fue el primero â poner lo demás â los pies de PEDRO, y éste como si penetrase los mas escondidos gavinetes de su corazon, le comienza â hacer cargo de su codicia, y falta de fidelidad en sus promesas; pero â la primer pregunta, como si la palabra de PEDRO fuese una espada de dos filos, cayó en tierra, y quedó muerto Ananías: â pocas horas viene su Muger, cómplice en el delito, y haciendole el mismo cargo le muestra â los que acababan de enterrar â su Marido, y le añadió: *Estos mismos te llevaràn al sepulcro*; y como si estas palabras fuesen un rayo despedido de las manos del Divino furor, diò en tierra, y espiró. Ya parece que véo â todos los circunstantes que presenciaron aquellos terribles castigos, como nos los pintan los hechos Apostólicos, todos ocupados del temor, aterrados del espanto, y como transportados de la admiracion: me parece estoi ya leyendo, en sus pálidos semblantes, aquellas palabras de David, en tus manos están nuestras suertes, *in manus tuas sortes meæ*. Tal sería, Señores, el Epigrafe, que yo fijaria â los pies de ese Sagrado bulto, si se me mandase decir en breve el carácter de PEDRO.

Porque ¿qué otra cosa nos diria, si se presentase aqui la famosa Tabites, Viuda piadosa, y limosnera, *á quien* dos dias despues de muerta, dice PEDRO, *levantate*, y como si aquella voz fuese un nuevo aliento, se levanta, deja las tinieblas del feretro, y goza de nueva vida? ¿Qué publicaria aquel muerto, en cuya resurreccion estaba empeñado todo el Infierno, y â quien el primogenito de Satánas Simon Mago (siendo aquella resurreccion la que avia de decidir el crédito de la verdad, y el triunfo de los dos Simones) â penas pudo hacer levantar aparentemente la cabeza, dejandole, como estaba muerto, hasta que SIMON PEDRO le dió la vida real, y verdadera. ¿Y qué últimamente confesaria, bien á su pesar, el mismo Simon Mago? Porque ¿qué poder sería necesario, Señores, para triunfar de la vida de un hombre, que tomaba varias figuras, que hacia andar á las estatuas, que andaba sobre el fuego, sin quemarse, que volaba por el aire, que convertia en Pan las mismas piedras, que abria las puertas cerradas sin tocarles, que rompia las esposas, los grillos, las cadenas, y que con semejantes cosas aparentes tenia encantada la gran Ciudad de el Mundo? Con este hombre vá PEDRO â entrar en batalla, con este monstruo, que se contempla desairado, y que vá â dar la última prueba de que es hombre Divino, vá PEDRO â medir su poder. Este Demonio, despechado, ya por la resistencia que hallaba en el Apóstol, prometió subir por ministerio de sus Angeles al Cielo un dia Domingo, convocó â todo el Pueblo, para que fuesen todos testigos de su asuncion, y estando el dia señalado en un lugar alto, y eminente comenzò el Mago, por ministerio de Demonios, â elevarse por el aire, y el Pueblo â vista de éste espectáculo â dar vozes, creyendo ser Simon Mago verdadero Dios; pero SIMON PEDRO, manda â los espiritus infernales lo precipíten: cayò Simon Mago, se quebró las piernas, murió. Permitidme, ô Santo Padre mio, os pre-

pregunte: ¿Son esas las Llaves del Reyno de los Cielos, la Iglesia, ô son las Llaves de la Omnipotencia? Porque segun parece, en una arca tienes encerradas las vidas para darlas â los muertos; y en otra las muertes para acabar con los vivos. Y si tal es, Señores, el Dicípulo ¿qual será el Maestro? Si éste es el Ministro ¿qual será el Soberano? Si éste es el carácter del Vicario, ¿qual será el de el Sumo Sacerdote?

Pero ¿qué dirémos de aquel poder que PEDRO manifestó tener sobre su propria vida? Omito aora aquel valor, y santa intrepidez, con que tantas veces se expuso â padecer la muerte, ya por aver dado esta respuesta â los Principes de los Judios, que le mandaban no enseñase en nombre de Jesu Christo: *No podemos,* les dice, *dejar de hablar lo que hemos visto, y oîdo, ni menos dejar de obedecer â Dios, antes que â los hombres*; ya por aver ido â echar los fundamentos de nuestra Santa Religion en el Ponto, en Galacia, en Cápadocia, en el Asia, en Bitinia; ya por aver pasado â Antioquia â poner alli su Cátedra Pontificia; ya por visitar estas Iglesias â costa de muchos oprobrios, de muchos baldones, de muchas afrentas. Y hablando solo de los lances en que fue inmediatamente acometido de la muerte, ¿Quien esperaria con vida â PEDRO, quando viese â un Rey, y á un Rey como Herodes, empeñado en darle la muerte para ganar las voluntades de los Judios? Menos interesante les era â éstos la muerte de Santiago el mayor, y con todo por complacerlos, no omitió quitarle la cabeza. Ya pues, está PEDRO asegurado en una dura Cárcel cargado de prisiones, y con diez y seis Soldados de guardia, que Sentinelas de vista deberán relevarse de quatro, en quatro, en cada vigilia de la no-

noche; ya está asignado el dia del espectáculo mas plausible para el Pueblo de Jerusalen, mañana, dice Herodes, mañana será entregado PEDRO â discrecion de sus enemigos. Con razon, pues, llora ya toda la Iglesia su muerte. Pero veis aqui, que rotas las prisiones, abiertas las puertas, é insensibles los Soldados, de cuyas manos pendian las esposas, vá saliendo PEDRO por enmedio de todos ellos, dejando, por usar de sus palabras, burladas las esperanzas de los Judios; y no preguntaré yo oportunamente *¿Ubi est mors victoria tua,* en donde está, ô muerte tu poder? En vano aviais ya aplicado tu guadaña, para cortar el hilo de una vida tan preciosa, como la de PEDRO.

Mas ya que no un Herodes cruelísimo; podrá â lo menos acabar con PEDRO la crueldad misma, que es decir, Neron, aquel Neron, que sin otra pasion que la que le era dominante respiraba furias, y vomitaba muertes, éste Neron, digo, éste Lobo carnicero, zeloso de aversele separado, por seguir el partido de PEDRO, dos mugeres con quienes tenia ruin trato, y â quienes amaba ciegamente, éste, ésto Tigre rabioso vá ya â tomar venganza del que contempla su mayor enemigo; con efecto, si os transportais conmigo â la Ciudad del Orbe Roma, vereis alli que ya PEDRO se halla en un oscuro calaboso, ya está cercado de Soldados, ya cuenta nueve meses de prision, ya se acerca el tiempo de que muera, ya se oîen las lagrimas, los sollozos, y los ayes de los fieles, ya parece se escuchan las tristes exequias, que las Obejas todas hacen en la muerte de su Pastor. Mas esperad un poco, que, si no me engaño, alli vèo salir de Roma â un hombre alto de cuerpo, no muy abultado, el rostro blanco algo descolorido, los ojos negros, y como ensangrentados, las cejas casi des-